

No sabemos prácticamente nada de la incorporación de *Valentia* al nuevo orden político musulmán implantado en Hispania desde 711. No se trata de un caso particular, ya que la falta de información sobre estos hechos afecta a casi todos los centros urbanos del litoral mediterráneo peninsular. Es verosímil que la urbe, sin duda muy poco poblada, fuese ocupada directamente por los conquistadores árabes y beréberes, sin mediar ningún pacto de obediencia con dirigentes locales.

Ruinas polvorientas

Estos acontecimientos representaron el fin de la *Valentia* antigua, aunque la transformación de las estructuras físicas y la emergencia, sobre las ruinas de la antigua *civitas*, de grupos sociales y funciones verdaderamente urbanas tardarían aún en hacerse visibles. De hecho, la ‘ciudad’ –o lo que quedaba de ella– llegó incluso a ser arrasada y despoblada por el primer emir omeya de Córdoba, ‘Abd al-Rahman I, en 778-779, cuando reprimía la revuelta que había prendido en la zona. Una revuelta, por cierto, que sólo representaría el primer episodio conocido de la larga serie de disidencias que limitaron seriamente el alcance de la autoridad cordobesa en la región y que se prolongaron hasta la instauración del califato, ya entrado el siglo x.

Hace tiempo que Pierre Guichard explicó la estrecha relación existente entre el estado de rebeldía y una destacada presencia de grupos tribales beréberes insumisos en el territorio valenciano. Hacia 790 dos de los hijos de ‘Abd al-Rahman I se alzaron contra los sucesores reconocidos de este emir contando con el apoyo de los contingentes beréberes del Šarq al-Andalus (šarq significa región oriental). Uno de los rebeldes, ‘Abd Allâh, utilizó durante largo tiempo la *kûra* (cora, distrito) de *Balansiya* –nombre arabizado de la antigua *Valentia*– como base de operaciones, recibiendo el mote de *al-Balansî*. El reciente hallazgo de una crónica perdida ha arrojado nueva luz sobre estos hechos, mostrando que ‘Abd Allâh se instaló en *Balansiya* «entre los beréberes, quienes se pusieron de su lado, haciéndose sus partidarios» (año 797). Habiendo fracasado el movimiento, en 802 ‘Abd Allâh al-Balansî obtuvo de su sobrino, el emir al-Hakam I, un pacto que le perdonaba y le otorgaba una cómoda pensión, obligándose a residir de por vida en *madīna Balansiya*. Probablemente, ejercería también, hasta su fallecimiento en 824, una especie de gobierno autónomo en la región.

Las informaciones literarias relativas al territorio valenciano entre los siglos VIII y X ponen de manifiesto dos aspectos de gran relevancia. El primero, al que ya se ha aludido, es el de la omnipresencia de los «beréberes de Valencia», que representan el único grupo étnico identificado por los textos en la región. Sin duda, hubo también una significativa minoría árabe.



Sabemos que, a mediados del siglo VIII, una parte del *ÿund* (división) de Egipto enviado por Damasco se asentó en la cora de *Balansiya* (este contingente lo formaban guerreros tribales árabes establecidos en el país del Nilo, no propiamente egipcios). Por otra parte, los nativos de origen hispanorromano no ofrecen ningún relieve textual. Esta población, poco numerosa con casi toda seguridad, sería rápidamente asimilada en su mayor parte; algunos emigrarían y otros, cada vez más disminuidos y arabizados, parece que mantuvieron el culto cristiano en la ciudad hasta la época del Cid.

El segundo aspecto a destacar es que el nombre de *Balansiya* se identifica más con la región circundante que con el centro urbano propiamente dicho. Una descripción de la primera mitad del siglo X (sólo conocida a través de una traducción romance tardía), no se refiere a *Balansiya* como ciudad, sino como el territorio comprendido entre el río Millars y las montañas de Alcoi: una tierra llana, atravesada por el río Júcar, con grandes «villas fuertes» y «castillos», entre los que menciona los de Alzira, Xàtiva, Morvedre (actual Sagunt) y el «de Tierra» en primer lugar. Este «castillo de Tierra» (*ÿhisn al-Turâb?*) equivale, obviamente, a la *madînat al-Turâb* que otros textos árabes utilizan, en lugar de *madîna Balansiya*, para referirse a la ciudad de Valencia. Como justamente afirma Guichard, la explicación más razonable de todo ello reside en «la poca importancia del centro urbano valenciano, apenas mencionado por las fuentes en esta época, que tienden a disociarlo de la región de *Balansiya*, reservándole el nombre de *madînat al-Turâb*». Denominación aún vigente en los siglos X-XI, aunque olvidada luego por completo.

«Ciudad de tierra», tal vez «arena» o «suciedad». Nombre, en cualquier caso, evocador de un lugar ruinoso y polvoriento. Coherente, también, con la casi absoluta ausencia de indicios de actividad detectables arqueológicamente en los siglos VIII y IX. Hay, con todo, un par de excepciones interesantes. La primera la constituyen ciertos vestigios de instalaciones relacionadas con el curtido de pieles, probablemente del siglo IX, localizados en las afueras de la *madîna*, junto a diferentes brazos de la acequia de Rovella. Sin duda, la presencia de estos talleres no habría sido posible sin un mercado

Ciertos vestigios de instalaciones relacionadas con el curtido de pieles, probablemente del siglo IX, han sido localizados en las afueras de la *madîna*, junto a diferentes brazos de la acequia de Rovella. Sin duda, la presencia de estos talleres no habría sido posible sin un mercado ganadero en sus inmediaciones que, a su vez, propiciaría la comercialización de curtidos.

La acequia de Rovella a su paso por el arrabal de la Boatella. En época islámica el cajero era de tierra y estaba sin cubrir.

ganadero en sus inmediaciones que, a su vez, propiciaría la comercialización de curtidos. La segunda, situada en la parte central de la ciudad, la forma un conjunto de fosas de expolio de materiales de construcción romanos, datadas en la segunda mitad del siglo IX, que corresponden a la reorganización del ámbito del antiguo foro, ocupado en época visigótica por el complejo de edificios episcopales. Parece que se actúa con la voluntad de arrasar y sustituir los vestigios monumentales del antiguo orden.

Con toda su modestia, estos débiles rastros muestran que, al menos a partir de mediados del siglo IX, la *madīna* ofrece cierto nivel de actividad. Pero no debemos hacernos ilusiones. En esta época, no sólo Valencia, sino todo el eje de circulación del litoral mediterráneo, tan importante en época romana, queda ensombrecido por el eje interior Sevilla-Córdoba-Toledo-Zaragoza que vertebra al-Andalus entre los siglos VIII y XI. Resulta más procedente hablar de actividad difusa y reducida, como lo es, también, la presencia de actores políticos o el ejercicio de magistraturas.

¿La ciudad o la huerta?

Durante el periodo de desórdenes políticos o *fitna* que agita al-Andalus entre fines del siglo IX y el primer cuarto del X, el territorio valenciano continúa mostrándose como una zona rebelde bajo la hegemonía de jefes beréberes. Las fuerzas omeyas no conseguirán tomar el control de la zona hasta los años 924-929, coincidiendo con la proclamación del emir ‘Abd al-Rahmān III como califa. Justo a partir de entonces se inicia la serie ininterrumpida de nombramientos de gobernadores de la cora de *Balansiya*, renovados periódicamente por la autoridad califal para evitar el arraigo de redes de poder locales. De la escasa importancia urbana que aún por entonces caracteriza a Valencia puede ser indicativo el hecho de que en uno de estos nombramientos (año 934) se hable de la cora «de *Balansiya* y *Šâtiba*», poniendo en entredicho la capitalidad absoluta de la primera.

De todos modos, es innegable que a lo largo del siglo X *Balansiya* empieza a adquirir cierto relieve urbano. Los gobernadores harán de ella su residencia habitual –pese a las obvias ventajas defensivas de *Šâtiba*– y mandarán edificar una sede gubernativa: el *qasr* o alcázar, cuya existencia es mencionada explícitamente a inicios del siglo XI. La edificación del alcázar se relaciona con la reorganización de la antigua zona episcopal, empezada ya a fines del siglo IX; de hecho, una de las capillas de la antigua catedral visigótica es transformada en baño, vinculado posiblemente al complejo palatino. También ahora se construye, en las inmediaciones del alcázar, un zoco formado por pequeñas tiendas alineadas. La creación de este mercado es muy significativa, ya que pone de manifiesto una ligera animación comercial, impulsada probablemente por el suministro de bienes a la guarnición, a una discreta burocracia gubernativa y a las primeras familias de magistrados, como los Banû Ÿahhâf, un prestigioso linaje que se reclama parte de la tribu árabe de Ma‘âfir y que dará varios cadíes a la ciudad, desempeñando un papel importante en la vida política del Šarq al-Andalus durante generaciones.

Ha sido creencia bastante común desde el siglo XIX que el califato, en tanto que época dorada de un Estado central poderoso, constituyó el momento en que debió construirse la huerta de Valencia. Y aún goza de aceptación la idea de que el despliegue de grandes espacios irrigados debe entenderse normalmente como una obra de alta ingeniería, el producto de una instancia superior ordenadora que ofrezca las condiciones políticas su-



En el siglo x se construye, en las inmediaciones del alcázar, un zoco formado por pequeñas tiendas alineadas. La creación de este mercado es muy significativa, ya que pone de manifiesto una ligera animación comercial, impulsada probablemente por el suministro de bienes a la guarnición, a una discreta burocracia gubernativa y a las primeras familias de magistrados, como los Banû ʿYahhâf, un prestigioso linaje que se reclama parte de la tribu árabe de Maʿâfir y que dará varios cadíes a la ciudad, desempeñando un papel importante en la vida política del Šarq al-Andalus durante generaciones.

Estructuras pertenecientes a un zoco localizadas en el solar de la Almoína. Archivo SIAM.

puestas necesarias para la promoción y planificación de sistemas hidráulicos como el de la huerta de Valencia. Esto quiere decir, en el caso de *Balansiya*, que el desarrollo urbano –la *madīna* es la sede del Estado y el foco regional de su influencia– habría sido la condición previa a la formación y expansión de las redes de riego circundantes.

Thomas F. Glick, por el contrario, ha mostrado que las características organizativas, técnicas y morfológicas de la huerta de Valencia –y de los espacios irrigados andalusíes en general– no reflejan de ningún modo la intervención decisiva de un poder centralizado, sino más bien gestiones locales protagonizadas por comunidades campesinas. Estudios más recientes de Enric Guinot sostienen que la estructura inicial de la vega valenciana distaba mucho de la imagen clásica de un *continuum* de tierras irrigadas que corresponde, en rigor, a la huerta del siglo xix, cuyas prácticas de irrigación extensiva tienen como origen la reorganización posterior a la conquista cristiana. En realidad la vega andalusí de *Balansiya* consistiría en bloques discontinuos de tierras regadas periódicamente, separados por amplios intersticios. Estos bloques se hallaban estrechamente vinculados a las diferentes alquerías (*qurà*, sing. *qarya*) y se conectaban a las gran-

des acequias y los principales canales de distribución que les suministraban las porciones correspondientes de agua de riego. La red de acequias y la red de poblamiento rural formaban una articulación orgánica. Así pues, parece más lógico invertir la causalidad tradicional y sugerir que los nichos de intensificación agraria generados mediante el despliegue de dispositivos hidráulicos, con su alta productividad y su destacada densidad de población, preceden al establecimiento de formas de autoridad y todo el cortejo de resortes (impuestos, apropiación de tierras, control de mercados) que convierten en riqueza el producto de la actividad campesina. Esto no quiere decir que los poderes urbanos carezcan de la capacidad de influir, luego, en la organización de la vega, pero sus posibilidades se hallan severamente limitadas.

La huerta, pues, antes que la ciudad, ¿pero cuándo? Los textos dejan claro que la armadura básica de los grandes sistemas hidráulicos de la vega, quizá con alguna excepción, ya estaba dispuesta a fines del siglo X, pero hay elementos que permiten remontar de forma notable las fechas de construcción de los dispositivos hidráulicos. En el caso de la acequia de Rovella, los trabajos arqueológicos han permitido hallar las cárcavas de un molino de dos muelas que debió empezar a funcionar a inicios del siglo X cuanto menos. Dado que el molino se hallaba en el extremo de un ramal de la acequia, es obvio que por entonces la acequia de Rovella y el sistema hidráulico vinculado a la misma –destinado originalmente a la irrigación de tierras situadas al oeste de la ciudad– estaba acabado en lo esencial, y que su época de construcción ha de situarse en tiempos del emirato, es decir, en el siglo IX si no antes.

En definitiva, el trazado de las principales redes hidráulicas de la huerta de Valencia debió ser un efecto paralelo del proceso de constitución de asentamientos campesinos. En lo fundamental, este proceso puede identificarse con el establecimiento, a lo largo de los siglos VIII y IX, de grupos tribales y clánicos predominantemente beréberes, como se advierte en la toponimia de las alquerías y de varias acequias. Cuando, a inicios del siglo XI, la *madīna Balansiya* empieza, de verdad, a funcionar como un centro urbano y a intervenir en su entorno rural, la huerta será ya una realidad muy consolidada y escasamente susceptible de modificación.

Una capital regional

El repentino desplome del aparato de poder califal, acaecido tras la deposición de Hišām II en 1009, permitirá que *Balansiya*, una modesta sede gubernativa, pase a convertirse en la capital de un emirato autónomo. Quienes tuvieron la oportunidad de adueñarse de los resortes del poder en esta ciudad fueron dos eunucos, esclavos palatinos al servicio de la familia del difunto Almanzor, «encargados de la administración de las acequias», llamados Mubârak y Muzaffar. Ejercieron la autoridad conjuntamente hasta una fecha indeterminada, hacia el año 1017-1018, «viviendo juntos en el palacio del gobierno». A causa de la constitución de este emirato los impuestos que antes iban a Córdoba permanecían ahora en *Balansiya*, convertida en capital. Y no sólo eso. Desde su mayor proximidad a los contribuyentes, los emires podían actuar con el mayor rigor a la hora de recaudar los tributos. Ibn Hayyân ofrece unas cifras desorbitadas y difíciles de creer: hasta 120.000 dinares de oro mensuales: 70.000 en Valencia, 50.000 en Xàtiva.



Según el testimonio de este autor, el incremento de impuestos se hizo intolerable para muchos súbditos. La situación habría llegado a tal extremo que, a menudo, los campesinos, por no poder hacer frente a los pagos, se veían obligados a abandonar las alquerías, de las que se apropiaban los emires o «sus secuaces» convirtiéndolas en explotaciones privadas; luego, los antiguos habitantes podían regresar en calidad de simples aparceros. Ahora bien, según Guichard no hay motivo para creer que las cosas llegasen al extremo de modificar las estructuras de posesión de la tierra, ya que los campesinos del entorno de *Balansiya* continuaron viviendo en sus alquerías hasta la conquista cristiana. Es muy probable que una parte de las tierras de las alquerías pasase a manos de la aristocracia dirigente, pero este hecho no tuvo como consecuencia una transformación general del orden social de la huerta. Parece que estas explotaciones particulares son el antecedente de los rahales (del ár. *rahl*) documentados en tiempos de la conquista. Por entonces, como muestra el *Repartment*, la distinción entre alquerías y rahales es muy clara. Las primeras, unas 150, son mayores y más abundantes que los segundos, unos 40, que además no suelen ocupar las mejores zonas agrícolas.

Sin duda, la concentración local de los tributos y la circulación de riquezas generada no sólo permitieron que los ciudadanos próximos al poder adquiriesen posesiones rurales. También hicieron afluir gran número de mercenarios, letrados, comerciantes y expertos artesanos que huían de la inseguridad que se había adueñado de Córdoba. Ibn Hayyân refiere cómo esta inmigración empezó a «llenar Valencia» de admirables, palacios

Fragmento del paño de la muralla islámica en la denominada Sala de la Muralla del Col·legi Major Rector Peset de la Universitat de València. Plaza del Horno de San Nicolás. Foto: Luis Calvente.



El emir amirí ʿAbd al-Azîz fortificará la ciudad con un recinto amurallado formado por un grueso muro y torres de mampostería de planta semicircular, maciza en la base. Al no hallarse restos del mismo en la parte oriental de la *madîna*, los arqueólogos han sugerido que allí se pudo utilizar el potente frente exterior del antiguo circo romano como muro defensivo.

Torre y lienzo de la muralla islámica en la plaza de los Navarros.

y jardines. Pero el verdadero auge de la obra pública y de aparato hubo de esperar al fin del breve emirato de los eunucos, extinguido a la muerte de Mubârak, que los habitantes de la *madîna* aprovecharon para sublevarse y saquear el alcázar. Este hecho llevó a la proclamación, en 1021, de ʿAbd al-Azîz, un nieto de al-Mansûr que se instaló en *Balansiya* como emir, atendiendo a la llamada del grupo de antiguos esclavos de alto rango que habían servido a su familia.

La época de ʿAbd al-Azîz (1021-1061) corresponde a la estabilización del emirato taifa de *Balansiya* como poder regional. Y es en este proceso de afirmación dinástica cuando se promueven los instrumentos y los símbolos de un poder necesitado de fuentes de legitimidad. Una atención especial se reservará a los signos monumentales de la soberanía. El emir amirí hará reformar el alcázar y mandará edificar la almunia (*munya*), un suntuoso palacio de recreo con jardines y albercas, apartado de la *madîna* al otro lado del Guadalaviar. También fortificará la ciudad con un recinto amurallado formado por un grueso muro y torres de mampostería de planta semicircular, maciza en la base. Al no hallarse restos del mismo en la parte oriental de la *madîna*, los arqueólogos han sugerido que allí se pudo utilizar el potente frente exterior del antiguo circo romano como muro defensivo.

De la fuerza del crecimiento urbano de *Balansiya* en esta época, resulta en parte de la inmigración antes señalada, da idea la paradoja de que, al mismo tiempo que se levantaban las murallas, fuesen edificándose arrabales extramuros. El de Alcúdia (en los alrededores de la actual calle Sagunt), por ejemplo, aparece ya a inicios de la época taifal, aunque es arrasado durante el primer asedio del Cid. Mayor continuidad tendrá el arrabal de Roterós, construido en la segunda mitad del siglo XI.

Los rasgos arquitectónicos de la conversión de *Balansiya* en capital de un emirato harán bien patente el contenido social del proceso. La nueva sede de poder, necesitada de personal de gobierno, reclutará visires, secretarios, agentes subalternos y cadíes (jueces), preferentemente de entre los miembros del colectivo de expertos en materia jurídico-religiosa (ulemas y alfaquíes). Todos ellos serán mantenidos a cargo del erario público y encontrarán, en el servicio al Estado, vías diversas hacia los negocios, el enriquecimiento y la adquisición de patrimonios inmuebles. Alrededor del alcázar, allanando el antiguo zoco de época califal, surgirá un barrio palatino formado por las residencias ostentosas de esta 'aristocracia' de servidores de la autoridad. No debemos pensar, sin embargo, que nos hallamos ante el origen de una 'oligarquía' o un 'patriciado'. En el mundo musulmán (como sucede en otras civilizaciones no occidentales), la *madîna* carece de substancia institucional; no conoce una autonomía política que permita a las principales familias urbanas ejercer alguna forma de poder al margen del Estado. Lo que no impedirá que, en momentos de gravedad excepcional, los notables pertenecientes a esta clase educada, interpuesta entre los súbditos y la dinastía, se vean obligados a asumir la dirección del gobierno de la ciudad.

A uno de estos personajes debió pertenecer el fabuloso tesoro de la calle Santa Elena, formado por casi 2.000 monedas de oro que alguien ocultó hacia 1065. El anónimo poseedor de esta fortuna hallaría la muerte, muy probablemente, en la masacre infligida por las fuerzas castellano-leonesas de Fernando I a los habitantes de *Balansiya* que, engañados por una falsa retirada, salieron en su persecución. Pese a la magnitud de la derrota andalusí, la muralla de ʿAbd al-Azîz había preservado a la ciudad de una suerte peor.

El Cid en el alcázar

El desastre de 1065 tiene un doble significado como inicio de las presiones cristianas sobre la zona y del eclipse de *Balansiya* en su calidad de sede de un poder soberano. Hijo y sucesor de ‘Abd al-Azîz, el emir ‘Abd al-Malik (1061-1065) escapó milagrosamente de las tropas castellanas, pero no pudo evitar ser depuesto, días después, por su propio suegro, al-Ma’mûn de Toledo, quien detentó la soberanía de *Balansiya* hasta su muerte en 1075. La ciudad dejó de ser residencia efectiva de emires, y ya no lo volvería a ser más que de forma episódica. Quedaría además obligada al pago de fuertes tributos a los príncipes cristianos, en cuyas tierras iban a circular profusamente las monedas de electrón (aleación de oro con plata y cobre) conocidas como «oro de Valencia».

Parece que tras el fallecimiento de al-Ma’mûn, se aflojaron los vínculos de *Balansiya* con la taifa toledana. Pero cuando en 1085 los castellanos conquistaron Toledo, el emir destronado, que era su nieto al-Qâdir, recibió en compensación la taifa valenciana, de la que tuvo que apoderarse con apoyo castellano. Y no sólo esto. Para mantenerse formalmente en el poder debió asumir el ‘protectorado’ de Rodrigo Díaz, el Cid. Los impuestos exigidos para pagar a los guerreros cristianos provocaron gran malestar, por lo que, aprovechando la ausencia circunstancial de las tropas del Cid en 1092, una revuelta acabó con la vida de al-Qâdir, proclamó la sumisión de Valencia a los almorávides –que ya habían ocupado Dénia– y entregó el poder al cadí Ibn Ýahhâf, miembro de una prestigiosa y antigua familia de magistrados. Este personaje, asistido en sus tareas por un consejo de notables o «mayorales», pertenecientes sin duda a las familias más influyentes de la *madîna*, adoptó el título de *râ’is* (líder) y atendió a sus obligaciones desde su propia casa, dejando la sede emblemática de la autoridad soberana, el alcázar, a una pequeña guarnición almorávide en representación del poder legítimo, aunque sin ninguna influencia real en el gobierno de la ciudad.

Rodrigo Díaz no tardó en poner sitio a la *madîna*. Primero consiguió que el destacamento almorávide fuese expulsado; luego, tras el fracaso de la ayuda exterior, logró apoderarse de ella en 1094, ordenando que el *râ’is* fuese quemado vivo. A partir de este momento, el Cid constituyó su propio principado en Valencia, combatió con éxito los intentos almorávides de tomar la ciudad y estableció una sede episcopal (con un monje cluniacense francés a su frente) a la que dotó con generosidad. Pero esta interesante experiencia de poder cristiano extranjero en un país musulmán no dejó de ser



Dirham cuadrado almohade de plata procedente de excavaciones en la zona del mercado Central. Archivo SIAM.

efímera, y apenas pudo prolongarse aún tres años después de la muerte de Rodrigo Díaz, hasta 1102, cuando su viuda Jimena decidió incendiar y evacuar la ciudad, escoltada por Alfonso VI de Castilla.

Una capital de frontera

Todas las calamidades padecidas afectaron gravemente a la vitalidad y al peso político de *madīna Balansiya*, cuya función de capital regional pasó a Murcia. Esta ciudad contaba con la ventaja de adicional de hallarse más apartada de las líneas de avance cristiano establecidas a raíz de las conquistas de Zaragoza (1118) y Tortosa (1148), que dejaron a Valencia como centro de un territorio fronterizo, el más septentrional de al-Andalus.

La entrada definitiva de los almorávides incorporó *Balansiya* –como el resto de al-Andalus– a un extenso imperio beréber de origen nómada. En la ciudad se instalaron gobernadores saharianos, pero no se produjo ningún trastorno de la estructura política ni de la concepción del poder. Los almorávides se reservaron el gobierno dinástico y el control del mando militar, pero la mayor parte del aparato administrativo siguió nutriéndose de hombres de letras andalusíes. Por otra parte, es cuestionable la imagen de rigorismo religioso que suele atribuírseles. De hecho, un poeta tan mundano como Ibn Jafâya de Alzira estuvo, desde 1105, al servicio de los príncipes almorávides enviados a Valencia. También el funcionariado jurídico-religioso siguió vinculado a las mismas familias de antes, como los Banû Yâhhâf y los Banû ‘Abd al-‘Azîz. A fines de la época almorávide, cuando el imperio se desmoronaba y ya no era capaz de ofrecer una adecuada cobertura política y militar, esas mismas familias lideraron una rebelión y pusieron a su frente al cadí Abû Marwân b. ‘Abd al-‘Azîz (1145). No obstante, muy pronto cedieron el poder a un prestigioso jefe militar de la frontera del Ebro, Muhammad b. Mardanîš, quizá a causa de la desconfianza que les provocaba el avance de los almohades, declaradamente hostiles a los privilegios de ulemas y alfaquíes.

La ciudad muestra signos indudables de una fuerte animación urbana durante la época que abarca el emirato mardanîšî y el gobierno almohade, es decir, la segunda mitad del siglo XII y el primer cuarto del XIII. El alcázar ofrece entonces su estructura más acabada: un recinto fortificado de una hectárea, con torres cuadradas en sus ángulos y, en el interior, un patio con alberca de grandes dimensiones. Se completa la muralla oriental, con fuertes torres cuadradas, antemural y foso. Surgen nuevos arrabales, como el de la Boatella, quizá a inicios del siglo XIII; proliferan las casas de recreo con huerto o jardín (*riyâd*), llamadas *reales* por los cristianos, en las inmediaciones de la *madīna*. Se mejoran los patios de las casas urbanas con albercas, canalillos y andenes.

Patio de andenes con canalillos y una pequeña alberca en una vivienda de la Boatella. Excavación en la calle de la Linterna, 31. Foto: Tina Herreros.





Ibn Mardaniš construyó un extenso emirato en el Šarq al-Andalus y logró mantenerlo frente a los almohades durante un cuarto de siglo, hasta la misma fecha de su muerte, en 1172. Esto fue posible gracias a la protección remunerada de los reinos cristianos y al apoyo de mercenarios que enviaron, pagados con los impuestos de los musulmanes, lo que le valió el vilipendio y la acusación de tiranía por parte de los autores árabes. Por lo demás, Ibn Mardaniš se mantuvo como un poder de hecho, evitando cualquier legitimación religiosa y observando unas relaciones normales con el aparato jurídico-religioso que lo había llevado al poder. La capital del emirato mardaniší se situó en Murcia. A Valencia se le reservó un papel político de segundo orden, bajo la administración, todo este tiempo, de un gobernador que era el propio hermano del emir, Yûsuf b. Mardaniš.

Por otra parte, la incorporación de Valencia al imperio almohade tampoco comportó una ruptura seria del orden político. Ciertamente, el movimiento almohade se inspiraba en un programa de transformación radical dirigido contra la «aristocracia» jurídico-religiosa, la fiscalidad extralegal y el recurso a tropas infieles, pero su conversión en un Estado le llevó a caer paulatinamente en los mismos vicios denunciados originalmente. El Estado almohade necesitaba de agentes del fisco, visires, cadíes, inspectores de mercados y funcionarios preparados para ocupar estos cargos. La estructura estatal mardaniší y la misma familia del emir se integraron fácilmente en el régimen almohade. Yûsuf b. Mardaniš fue mantenido, incluso, al frente del gobierno de *Balansiya* hasta su muerte en 1186.

Esta continuidad revela una sólida estabilidad institucional que puede explicar el hecho de que, pese a su estado de subordinación política, la ciudad muestre signos indudables de una fuerte animación urbana durante la época que abarca el emirato mardaniší y el gobierno almohade, es decir, la segunda mitad del siglo XII y el primer cuarto del XIII. El alcázar ofrece entonces su estructura más acabada: un recinto fortificado de una hectárea, con torres cuadradas en sus ángulos y, en el interior, un patio con alberca de grandes dimensiones. Se completa la muralla oriental, con fuertes to-

Tras su incorporación al imperio almohade la actividad artesanal se expande a través de una multitud de talleres de oficios, entre los que destacan los concesionarios del *tiraz* (manufactura de seda monopolizada por el Estado), cuyo producto debía venderse en la alcaicería (mercado de seda y otros objetos suntuarios). Los moradores de la ciudad tienen a su disposición mezquitas, zocos, tiendas, hornos y hasta quince baños públicos; los mercaderes pueden hacer uso de varias alhóndigas (*fundûq/s*) especializadas donde alojarse y depositar sus cargamentos. En esta época *Balansiya* alcanza, tal vez, los 20.000 habitantes.

Letrinas de época islámica descubiertas en las excavaciones del palacio de Cerveró, en la plaza de Cisneros.

rres cuadradas, antemural y foso. Surgen nuevos arrabales, como el de la Boatella, quizá a inicios del siglo XIII; proliferan las casas de recreo con huerto o jardín (*riyâd*), llamadas *reales* por los cristianos, en las inmediaciones de la *madîna*. Se mejoran los patios de las casas urbanas con albercas, canalillos y andenes. La actividad artesanal se expande a través de una multitud de talleres de oficios, entre los que destacan los concesionarios del *tiraz* (manufactura de seda monopolizada por el Estado), cuyo producto debía venderse en la alcaicería (mercado de seda y otros objetos suntuarios). Los moradores de la ciudad tienen a su disposición mezquitas, zocos, tiendas, hornos y hasta quince baños públicos; los mercaderes pueden hacer uso de varias alhóndigas (*fundûq/s*) especializadas donde alojarse y depositar sus cargamentos. En esta época *Balansiya* alcanza, tal vez, los 20.000 habitantes.

Esta era la ciudad a la que puso sitio Jaime I. Cuando la dinastía almohade entró en crisis, un *qâ'id* (jefe militar) llamado Zayyân b. Mardaniš, descendiente del emir homónimo, se sublevó en Onda contra el último gobernador almohade de Valencia, el *sayyid* Abû Zayd, que se había comprometido a pagar un fuerte tributo al rey de Aragón. Abû Zayd abandonó la ciudad en enero de 1229, buscando refugio entre los cristianos, mientras Zayyân constituía un pequeño emirato. Su principal objetivo consistía en detener el avance cristiano y conservar *Balansiya* para sus habitantes andalusíes. En ello empleó toda su energía y habilidad, pero ya era demasiado tarde.

La construcción de una ciudad feudal: Valencia (1238-1300)

[ENRIC GUINOT –UVEG–]

El día 29 de septiembre de 1238 la señera real de Jaime I fue izada en una torre cantonera de la muralla de la ciudad musulmana de Valencia en señal de su rendición al monarca cristiano. Éste, situado en la explanada del río a la altura de la actual entrada al jardín de Viveros, no pudo contener la emoción y, llorando, besó la tierra. De esta forma tan sentida nos relata lo sucedido en aquella fecha la memoria de un rey ya anciano, tal como fue recogida décadas después en su crónica o *Llibre dels Feits*. Y no era para menos porque aquel día la historia de una ya milenaria urbe valentina cambió, una vez más, de rumbo, y empezó así simbólicamente, ondeando el *Penó de la Conquesta*, un nuevo tiempo, el de la sociedad feudal y culturalmente cristiana que iba a ser implantada desde ese momento merced a la fuerza de las armas.

No cabe duda que la toma de la ciudad por el rey fue un hecho bien relevante en la historia de la Corona de Aragón medieval y su eco se recogió en crónicas eclesiásticas de diversos lugares de Europa, pero en todo caso no puede considerarse un suceso aislado. Bien al contrario, tan sólo ocho años antes el mismo rey había dirigido otra campaña militar exitosa que conllevó la ocupación de la isla de Mallorca, pero además podemos y debemos situar estos hechos en un contexto de larga duración que se remontaba a algo más de cien años atrás, a mitad del siglo XII, cuando el reino de Aragón ocupó Zaragoza y el valle del Ebro mientras Cataluña lo hacía con las regiones de Lérida y Tortosa.